

LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELEGRAFO"

EXOTICA

Hay en tus ojos raros, en tus ojos turquí
un encanto sublime de trística y de fe,
un misterio que dice de una dicha que fué
y un mirar voluptuoso de virgen marroquí.

En las genuflexiones de tu mínimo pie
luz la aristocracia de una reina de Siam
y en tus ágiles pasos llevas el talismán
con que ha hecho prodigios la inmortal Salomé.

En tu talle de Venus tienes un ademan
que muestra el orgullo del más noble Sultan,
y en la dulce cadencia de tu lánguida voz,

se traduce el enigma de la Samaritana
y se escucha el gemido de una heroína gitana
y parece más cierta la existencia de Dios.

Antonio PONS C.

España no existe

Tal es el título de un libro, que acaba de levantar gran polvareda entre la crítica de Hispano-América, de tal que su autor emite impresiones demasiado personales sobre la España que encontró, distinta a aquella de museo, con la leyenda cervantina del Quijote, que se empeña en mostrar los atomos de Madrid, frente a la pintoresca Iberia real: España de pandereta o para la exportación...

El nuevo libro de Alberto Hidalgo, que tal es el autor, hace digno pendant a la "Oda a España", de su compatriota Santos Chocano, y es curioso notar que son ya dos, descendientes de la muerte y lindeza eterna de los virreyes—quienes retratan tan donosamente a Iberia.

Sin embargo, no obligamos a pensar a nadie con el autor, en lo que se relaciona con la "madre Patria", como dicen los gallegos, de por aquí, aunque en la hora actual, de las reivindicaciones y anhelos libertarios de los pueblos irredentos, las simpatías de América están por ellos, como al presente se hallan por la autonomía de Irlanda, y nadie, nadie puede sentir "la nostalgia del guilete colorado".

Así, pues reproducimos el artículo que sigue, por su doble actualidad, continental y africana, y muy especialmente por lo que reza con Bolivia y la verdad histórica, cuya memoria es olvidada o injustamente perterida por los escritores del Sur.

N. F.

LA CUESTION DE AFRICA

He aquí un punto en el que España continúa siendo España. Es la España negra de Hernán Cortés, que viene por engaño y por tradición: de Francisco Pizarro, que agarra al indio que cree en su palabra; de Diego Almagro, que se revela contra Pizarro, su compañero; del fraile Valverde, que hace flamear en Cajamarca su pañuelo insignificante; de toda esa turba de miserables y salteadores que inundaron América e impusieron a nuestros padres, cuando no con subterfugios de proxenetas, con puñal de asesinos, una civilización diez veces inferior a la suya.

Desembarcados los hombres del siglo XXI a más de la última guerra franco-germana, nos toca la vez, para de presencia la más odiosa de las luchas: la de los señores europeos con los esclavos que quieren ser libres. La guerra de nuestra época—esta año, una batalla—que ustedes, españoles, sostienen con los negros, significa el mayor ultraje que se puede hacer a la civilización. Si abominamos de la guerra entre naciones, ¿cómo no hemos de abominar de esta contienda publicada en que el año fuerte pretende matar al siervo que no quiere ser siervo?

Lobos, pulpos, sanguisuga, España desea seguir viviendo de los otros, tendida boca arriba sobre sus glorias pretéritas, con los cueros al aire, cruzada de brazos y abierta de piernas. Ayer el panal fue América: hoy es África. Pero no será.

Por qué España no abandona la preta? No ve que va a repetirse aquel bello capítulo de la Historia, que allí conocemos con el nombre de "Guerra de la Independencia"? Para nosotros, nacidos en países jóvenes y laboriosos, el peor de los vicios es el de vivir del trabajo de los demás. En nuestro léxico hay más de diez vocablos depresivos para calificarlo. No osiero emplear ninguno para guardar las reglas de hospitalidad, pero en realidad es digo que España los merezca. Y así, prefiero no ocuparme más tiempo del asunto.

América, donde todavía hay gotas de la sangre libertaria de Bolívar. (1) Se con simpatía alborozada, casi solemne, de entusiasmo, los conatos de revolución con que de cuando en cuando el pueblo de Matanzas dice al mundo que empieza a despertar...

Alberto HIDALGO.

(1) No puedo dejar, al nombrar a Bolívar, de dar escape a un sollozo que me está asiendo desde hace meses. En el Perú, el 28 de julio de este año, una racha de pitucos y misticos de corneta "el centenario de la independencia". Como si fuéramos independientes desde el 28 de julio de 1821! Lo somos solamente desde el día en que las huestes de Bolívar, el Libertador de América—hay una historia así—hicieron trinar polvos a Ayacucho, a los profetas católicos españoles.

En el Perú, todos lo saben, incluso el gobierno. Pero el gobierno, para seguir siendo gobierno, ya que nuevo démas partes del pueblo se empeña en que no lo sea, ha hecho esa pantomima centenaria. Que San Martín "gritó" la independencia en 1821. Muy bien. También la gritó diez años antes, el patriota Zela, Tupac-Amaru y Pumacahua. ¡Y a estos cuan caros costaron los gritos! Así pues, esas fiestas han sido meros pretextos, simples ardides políticos.

No es prueba de lo contrario, la acogida dispensada por el pueblo peruano a la Embajada Argentina. No se tome el ribaño por las hojas. Aquello ha sido una adhesión, un homenaje a la Argentina. También yo me hubiera confundido entre los manifestantes, muy de todo corazón. Si el general San Martín no hubiera sido argentino, habría sucedido lo mismo: igual júbilo, igual afecto, igual respeto pero por ser argentino, no por connacional de San Martín.

San Martín merece nuestra veneración porque ayudó a nuestra independencia, como uno de los tantos soldados que la ayudaron, como Su. esa, como La-Mar, como Necochea, como tantos otros. Nada más.

Nadie cometa la estolidez de comparar a San Martín con Bolívar. Un tiempo, en Argentina, algunas acémilas grufarinas los pusieron frente a frente. El resultado fue doloroso, pero además de una decepción para los patriotas, produjo una especie de conflicto espiritual e histórico entre este país y Venezuela, algo así como una enemistad personal entre Argentina y Bolívar.

Felizmente las cosas van cambiando. Ya no se piensa del mismo estúpido modo. La gente que hoy gobierna, es decir, la gente responsable, a la que hay que escuchar, a la que se debe creer, ha puesto la proa hacia el mar de la civilización. La prueba lo que paso a relatar. Cuando se iba a inaugurar en Nueva York la estatua de Bolívar, el Embajador Argentino, en Estados Unidos, señor Le Breton, invitado a asistir a la ceremonia, comunicó a un Cancellero que era conveniente la ausencia del país en ese y otros homenajes al prócer. Entonces el gobierno argentino, el mismo gobierno que retiró sus delegados de Ginebra, porque no quiso servir de instrumento a los aliados de Francia para rebatir a Alemania, el gobierno de Hipólito Yrigoyen, Honorio Pueyrredón y Diego Molinari, tres hombres libres—los que manejan la política internacional—estuvieron a la altura de siempre. Se ordenó a Le Breton, mediante un vibrante telegrama privado—¿por qué privado?—que no solamente presenciara el acto, sino que, en nombre de la Argentina, depositara una corona de laurel en la estatua del Héroe. Así, este pueblo abierto a todas las libertades, ha estado una cuenta de honor, que un día u otro acabará con una estatua de Bolívar en el corazón de Buenos Aires.

Que estas líneas lleven la protesta de un escritor insobornable a quienes en el Perú han sacrificado la verdad para en el altar de los intereses personales. ¡Es la protesta de un peruano del Perú liberado por Bolívar! Nota de A. H. del 1921.

Nota bibliográfica

Con atenta dedicación de su autor, hemos recibido de París, "El Libro de las Parábolas", original producción de Alberto Guillén y que aparece contemporáneamente a "Dedicación", libro de versos del mismo autor. Pertenece a este volumen el bello prólogo que su compatriota García Calderón escribió con arte magistral—y que reproducimos fragmentado aparte—en una prosa aminorada, ricamente repajada, con color de artefacto y poeta, que hace pensar en quien se hubiera dado a la tarea de remozar, comunicándole gracia y flexibilidad francesas, a la vieja lengua de Castilla.

Este género a que se ha dedicado Guillén, es nuevo todavía aquí en América y por consiguiente en la Península, nótese que ha comenzado la reconquista espiritual de España, por nosotros: primero Rubén Darío, hoy Vicente Huidobro, luego de los dadaístas o ultraístas de Madrid, y más bien se la encuentra sucediendo en Jules Renard, autor de Poil de

Poemas en prosa

LA LAGARTIJA.

Hija espontánea de la piedra agrietada en que me apoyo, se me cuela, rama en el hombro. Ha crecido porque permanece inmóvil y lleva un paletot del color del muro, soy una continuación de la pared. Esto me li-soujea, sin embargo.

LA PARED.—No sé qué calorío siento en la espalda.

LA LAGARTIJA.—Soy yo.

LA CULEBRA.—¿De qué vientre cayó este colico?

LA PULGA.—Un grano de tabaco, de resorte.

LA AVISPA.—Acabará, sin embargo, por deteriorarse la cintura.

MURMURIOS.

LAS FLORES.—¿Hará sol hoy?

EL GIRASOL.—Sí, queriéndolo yo.

LA REGADERA.—Perdón, queriendo yo, llevaré.

LA ROSA.—¿Te parezco bella?

EL ABEJERO.—Habría que verte el fondo.

LA ROSA.—Entrá.

EL GRAJO.—Siempre de negro, feo mirlo.

EL MIRLO.—Señor prefecto, no tengo otra cosa que ponerte.

EL TOPO.—¿Cállense los de allá arriba! Ya ni uno mismo se oye bajar.

LA ARASA.—En nombre de la Ley, fijo mis sellos!

Jules BERNARD.

Carotte, y, mejor, de "Lanterne Sourde et Histoires Naturelles".

De los brotes ágiles de Guillén puede decirse lo que Vañon, en su "Livre des Miqués", decía de las "cosas" de Renard: "Son pequeños apuntes, minúsculos rascueros, puntas secas de una pavesa in-creible, observaciones apenas moduladas, miniaturas de dibujante; pero precisas; pero honestas; pero completas; pero casi siempre punzantes y no pocas veces feroces".

N. F.

PARABOLAS

LOS DIOS

—¿Qué necios!—dijeron los dioses. —Nosotros no pretendimos nunca esta inmortalidad que los hombres nos conceden.

LA TIERRA.

—¿Sufrir? ¿Y para qué, después de todo? Así dijo la tierra abierta en grandes surcos por la reja.

Pero cuando enajaron las espigas, los gorriones cantaron el dolor fecundo de la tierra.

DIOS.

—¿Quién es Dios?—le pregunté a un niño.

Y él, con su mirada azul y sus rizos de oro que temblaban en el viento, lo levo de la tarde:

—¡Yo!—me respondió con una ingenuidad más profunda y más verdadera que una religión.

OTRO.

—Se destapó los sesos y ella dijo riendo:

—El muy soñador creía que podía quererlo por sus ojos azules y el oro de sus rizos!

EL VERSO CONJO.

—Por qué has salido cojo? —Es que aborté por maltrato de este imbécil—me dijo la Musa señalándome al Poeta.

LA VERONICA.

—Ella guardó el pañuelo con la imagen como otros tantos recuerdos de amor...

LA ESPADA.

—Dadme una espada! dijo el Héroe.

—Has de luchar con hombres,—dijo la espada,—mas te valdrán los azotes.

CALIBAN.

—Mas te valiera—decía Calibán con el vientre triunfante,—que hinchases la cartera a andar cogiendo estrellas como espigas.

—Tienes razón—le dijo Ariel riendo.

Y alzó el vuelo.

EL AGUA.

—Eres tonta,—le dijo al agua el hombre.

—El agua no dijo nada, pero al correr, se llevó riendo la silueta del grave Académico que dogmatizaba desde la orilla.

LA CAPULLA.

—El viento se enamoró perdidamente, y como no pudiera conseguirlo al Carallo—le dijo, tu virginidad es un crimen.

LOS QUE MURMURAN.

—Mira—me dijo el Viento,—cómo el Céfiro no puede poseerlas, se dedica a murmurar de las rosas.

EL DISCIPULO.

—Ahora soy más grande que tú—me dijo el niño que yo subí sobre mis hombros.

LA CARAVANA.

—Se alzó la caravana con la aurora.

Pero aquel niño se quedó sentado en una piedra.

—No sé,—dijo—cómo van en busca del camino, cuando los horizontes

La rusa heroica

La loca aventura de la guerra en

Africa, a que se ha lanzado España, en su afán de nación colonizadora,

vis a vis de las grandes potencias europeas, sin que le importe la experiencia recogida en Cuba y Filipinas,

ha hecho resucitar todos los heroísmos históricos en la tierra del Quijote, blandir el acero de las plumas

a sus escritores y descargar miles de "quitos" en los muelles de Melilla. Y tras los primeros descalabros

sufridos en tierra marroquí, el ejército español se apresta a tomar una

ofensiva sangrienta, para castigar la traición y deslealtad de los riffeños,

que sólo aspiran a ser libres y cons. tituirse en nacionalidad autónoma;

descendientes de aquellos árabes que llevaron su cultura a España y acaban por ser arrojados de la Península, sin que se expliquen ellos, asombrados, cómo—en cambio—pueden to-

lar la presencia de un pabellón extranjero en Trafalgar...

Con las primeras noticias de la

guerra, toda España se puso de pie

para ir a la conquista bélica, pero pa-

sado el ardor guerrero del principio

y visto el sacrificio inútil de vidas y dinero, la nación comienza a reaccio-

nar y a sentirse un malestar en innu-

meras esferas, menos en las enenu-

bradas, cuyos aristócratas van a

templar sus ardores en San Sebastián,

u organizan fiestas de caridad a pre-

texto de divertirse, entre ellos, al

compás de los toreros que siguen ha-

ciendo alardes de herofeidad técnica,

mente calculada en medio de los co-

sos.

Entre los gestos y frases de la ho-

ra actual, aparte del del Indalecio

Prieto, que interpela al Ministro de

la guerra y las caricaturas, cuyos te-

mas giran al rededor del mote: "Mam-

brú se fué a la guerra!" recogemos esta

bella poesía de uno de los espiri-

tus de élite en la literatura caste-

llana, y que refleja, de modo fiel y

sincerísimo, el sentir de los intelectua-

les españoles.

LAMENTACION PARA LOS SOLDADOS

que sufren y mueren en Africa

España padece su fiebre de todos los años.

España padece su guerra. Con propios o extraños siempre ha de sufrir, siempre ha de tener el clarín en la boca.

¡España está loca! Está loca porque ha sido grande y ahora, de abatida, no se aviene a guardar la medida.

Lo ha quedado en el alma el vacío de aquel su imperial poderío.... España está loca como águila vieja...

¡Con las garras abre sus propias entrañas por ver sangre roja y soñar con sus viejas hazañas!

¡Madre, ten compasión de tus hijos! ¡Madre, no los gastes en guerra suicida!

¡Madre, madre, cuida de que tengan pan que llevarse a la boca!

¡Madre España, no quieras ser loca! Despierta del sueño de siglos; olvida a Numancia, olvida a Lepanto.

¡Sus ecos triunfantes lo han costado tanto!... ¡Aun te queda sangre que dar a la Historia!

Esa gloria de sangre es la gloria de edades que fueron y no han de tornar.

¡No sigas tirando tesoros al mar! Tus hijos te piden calor de regazo.

¡Por qué les das tal fuego de arena! ¡Por qué, si ellos te aman, les quieres tan mal!

¡Africa está ardiendo; la sangre de España corriendo, la arena bebe cruel.

¡Crees tú que es pago para duelo tanto que brote en la arena un laurel? Queremos espigas y vides y olivos.

¡Las mujeres quieren a sus hombres vivos! ¡La tierra esquimada pide brazos fuertes, no gloriosas muertes!

Muera el que se sienta inútil a enfermo. Solídese el loco o véngase al yermo.

¡El que es cuerdo y fuerte no debe marchar a la muerte!

Madrid, Setiembre 1921.

Gregorio MARTINEZ SIERRA.

se abre a todos como promesas de mujer.

LA HOJA DE PARRA.

—Dadme una hoja de parra—decía el Pensamiento con el sexo desnudo.

—Aquí me tienes le dijo la palabra.

LA DISCIPLINA.

—¿Dejé disculpas Eróstrato? —Yo soy una—dijo al instante la polla.

LA PATRIA.

—No lo sabía. Pero un día que llenara el vientre, satisfecho dijo:

—No puede ser otra cosa, esta es la Patria.

EL ANTROPOMORFO.

—¿Quién es Dios? —¡Ese!—dijo el mico, señalando un mono viejo y respetable.

LA PARABOLA INDISPENSABLE.

—¿Qué quieres de mí? —¡Que no me quites el Sol—le dijo Diógenes porque estaba tullido.

Alberto GUILLÉN.

PROLOGO

Vidi genti fangoso in quel

panzano.

(L'Inferno, Canto Settimo.)

No porque son de júbilo estos días que al Dante conmemoramos; ni por

evadirme, en fin, de tantos afanes cotidianos, creo haber soñado, Alber-

to, con este viaje telúrico. Todos he-

mos bajado alguna vez al infierno hu-

mano, solitarios, con la aljaba me-

lauella de una devota o buscando a

tientas en mano de Euri dice per di-

da. Y yo estoy seguro de que fui,

mos juntos por azorado y letal en-

mino, cuando los astros habían vela-

do ya para nosotros su antigua luz

de Navidad.

Sin estrella ni signo, por los tris-

tes pedregales descendíamos en busca

de más suave guía que Virgilio. Ba-

ñámbos a la ciudad doliente y sote-

riada, mientras el corazón latía la

haces tan de prisa como enfillo en

el bosque. Usted llevaba, troquel sin

par, aquella arrogancia juvenil que

en tan sonoros y ardientes versos nos

reveló su ensalmo; yo escondía bajo

mi capa las cicatrices de los besos,

versado ya en tristezas infernales.

EL PENTAGRAMA

DO

RE

MI

FA

SOL

LA

SI

DO

LAS WALKYRIAS

Pasaron las walkirias desbocadas
cual perseguidas por centauros ágiles
hacia el Oeste....

El horizonte

se diluía como paja seca
en los rubios trigales del buen Helios,
y vibrando quedó la pampa oscura

hasta que las lucifernagias aladas
prendieron esmeraldas en la noche
negra como la tinta made in GERMANY.

EL FARO.

Como un ojo de ciclope burlón
perfora las tinieblas de la Noche
y guía igual que un bícezo la mirad,

alternativamente a un lado y otro.
O bien gira de derecha a izquierda
con una gravedad de peonza eléctrica,

o bien se vuelve sanguinario, a ratos,
en medio de las rocas,
cuando glacial e inmóvil continúa mir

a través de las olas
un desigual idilio de langostas....

Victoria

ñor de nuestras almas, manteníamos
una mano en los labios para evitar
la náusea.

En jumentos del Santo Oficio,
condenados a la piqueta por nuestra

risa, llegaron dos literatos amojama-